

¿SI, EH?...

Decía un día cierto señor Doctor en ciencias, ante una numerosa asamblea de oyentes, discípulos suyos en su mayor parte: «Señores; todo el proceso de la vida se explica por fuerzas mecánicas, químicas y biológicas. Eso del alma, aún en el hombre, es un mito; ni hay que recurrir a su existencia y causalidad para explicar todos los fenómenos volitivos, intelectivos y sensitivos del hombre: las referidas fuerzas lo explican todo. ¿Veis un reloj perfectamente combinado en todas sus partes, como se mueve y anda sin pararse, y como se detiene si se estropea una de sus ruedas?... Eso es el compuesto humano y el ser viviente en general: una máquina muy bien combinada que anda con regularidad mientras no se inutilice alguna de sus piezas principales, es decir, los órganos y miembros de que se compone. La muerte es la paralización de esa máquina autómatas, sobrevinida a causa de la acción exterior de la enfermedad, u otra causa violenta, que estropea una o muchas piezas del ser viviente.....»

Y así fué discurrendo por el esitlo el conferenciante de referencia.

Señor Oreste (este era el nombre del referido Doctor): permítame algunas observaciones a sus doctas reflexiones. No soy fisiólogo, ni químico como V.; pero he estudiado algo de filosofía y quiero oponer mis razones filosóficas a sus afirmaciones fisiológicas: propongo un careo entre la filosofía y eso que V. llama *química biológica*, para ver cual de las dos lleva la razón y sale triunfante en la disputa.

Oiga V.: no me parece muy exacta y adecuada su comparación, arriba expuesta, del reloj mecánico con el reloj viviente. ¿Razones? Es esta: a un reloj se le puede volver hacer andar si se para en su movimiento: si se inutiliza una de sus ruedas principales entonces se coloca otra nueva, se combina bien con las demás piezas del reloj y este, muerto por el paro, resucita moviéndose de nuevo. Y diga V., Sr. Oreste: ¿se puede hacer otro tanto con el reloj humano?... ¿Verdad que no? ¿Verdad que si uno muere porque se estropeó el corazón con alguna lesión grave, o los intestinos, ni aquel, ni estos remendados con otros pedazos de corazón e intestinos ni sustituidos por otro corazón entero e intestinos nuevos colocados convenientemente todos ellos en su lugar; verdad que el muerto no resucita y vuelve a vivir y se mueve como el reloj mecánico de su comparación?... Pues entonces, repito, que la comparación del reloj es defi-

ciente e inexacta en el caso: entonces en modo alguno puede explicar *suficientemente* la vida y los movimientos vitales la armónica combinación de todas las piezas orgánicas del compuesto humano.

Dirá V.: que además de las fuerzas *mecánicas* del ser viviente, existen sus numerosas fuerzas *químicas*, de que carece un reloj mecánico, y estas explican lo que aquellas no alcanzan.

¡Muy bien!: La química tiene ahora la palabra en discusión con la filosofía.

Pues es el caso, Sr. Oreste, que una semilla del reino vegetal, v. gr. un grano de trigo, elaborada químicamente con la mayor perfección posible en un laboratorio haciendo entrar en ella todos los elementos o componentes químicos, y en la misma proporción, que en una semilla *natural*; es el caso, repito, que aquella semilla *artificial* no germina, ni nace, ni se desarrolla: *no vive* en una palabra. Luego ello prueba evidentemente que la vida y todos los fenómenos vitales no son fruto y efecto de *solas* fuerzas y reacciones químicas.

Y sigamos adelante. Contestará V. a lo dicho: además de las fuerzas mecánicas y químicas existen en el ser viviente las fuerzas *biológicas*, de que carecen los cuerpos elaborados químicamente.

¡Bien!—responde la filosofía.—Vamos a cuentas: ¿Esas fuerzas biológicas son *distintas* de por sí de las fuerzas mecánicas y químicas de la *materia viviente*; o bien son como una *tercera* fuerza resultante de la combinación y armonía de aquellas mismas fuerzas mecánicas y químicas en el ser viviente?... Esto último no será por la razón alegada superiormente, porque entonces de la *potencialidad* mecánica y química de la semilla artificial elaborada químicamente, nacería, en la hipótesis, como resultante su fuerza *biológica*, es decir, la haría apta para vivir: lo que precisamente no tiene lugar.

Será, pues, que las fuerzas *biológicas* son diversas y de un orden distinto y superior al de las mecánicas y químicas ¿verdad?... Si es así, entonces esas fuerzas vitales o biológicas se hallan *fuera* de las leyes de la mecánica: no se encuentran, ni *engendran* en el campo de la química: escapan a todo análisis químico; son de un orden totalmente incorpóreo y espiritual.

Pues bien, añade la sana filosofía: todo efecto supone una causa proporcional que lo produzca: si las fuerzas biológicas no las produce ni la mecánica, ni la química, deben su existencia a un *principio causal* incorpóreo como aquellas. Y a ese principio vital llamamos alma: intelectiva en el hombre, sensitiva en el irracional, vegetativa